

Fray Bernardino de Sahagún: de coyotes, modo narrativo y los albores del llamado (mucho después) cuento hispanoamericano

Por Juan DURÁN LUZIO*

I

CONVENCIDO DE QUE LA JUSTA FAMA alcanzada por el cuento hispanoamericano en la narrativa mundial, después de la segunda mitad del siglo XX, se debía a la respetable antigüedad del género, el cual encontraba ya sus primeras expresiones entre algunos animados episodios de las plumas de los cronistas e historiadores de Indias, Enrique Anderson Imbert expuso esta tesis en varios de sus artículos y libros.¹ Y además, para ejemplificar dicha hipótesis y a modo de ilustración, no dudó en incluir en su conocida *Literatura hispanoamericana. Antología e introducción histórica* varios textos de aquellos primeros cronistas del Nuevo Mundo, porque encerraban en su desarrollo el germen de un cuento.²

Cierto que si bien eran esos segmentos partes de obras amplias, la narración guardaba tanto del episodio histórico, en cuanto relación de hechos realmente acaecidos, como del cuento, en cuanto unidad coherente, porque mantienen la tensión y suspenso narrativos, y se observa la transformación operada en los personajes así como la sintética autonomía de acción y reducción de espacios propias del relato breve.³ Esto justifica que aparezcan en la dicha antología una variedad de pasajes extraídos de obras extensas y de reconocida calidad histórica; es decir, obras documentales y no ficticias, pero de tan atractiva ilación narrativa y anecdótica que, gracias a su brevedad y unidad,

* Profesor de la Universidad Nacional de Costa Rica; e-mail: <duranzuzio@hotmail.com>.

¹ Véase, a manera de ejemplo, su ensayo "Originalidad y expresión en Hispanoamérica", en *Estudios sobre letras hispánicas*, México, Libros de México, 1974.

² Enrique Anderson Imbert y Eugenio Florit, *Literatura hispanoamericana Antología e introducción histórica*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1970, 2 tomos.

³ Sobre el cuento como género, y a manera de información general, véase de Vladimir Propp, *Morfología del cuento*, Buenos Aires, Juan Goyanarte, 1972; o bien la sección correspondiente a "relato" en Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, México, Siglo XXI, 1974.

pueden, sin duda, leerse como cuentos, en el sentido tradicional y canónico del género.

La selección de Anderson Imbert y Eugenio Florit incluye, entre otros, una relación breve del veedor de la Corona Gonzalo Fernández de Oviedo titulada “Náufragos hambrientos y aves enamoradas”, extraída de su *Historia general y natural de las Indias*;⁴ pasajes de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, comenzando con el conmovedor relato de “Cómo Cortés supo de dos españoles que estaban en poder de indios en la punta de Atoche y de lo que sobre ello se hizo”.⁵ Van en la selección de Anderson otros trozos de notable tensión narrativa y tono unitario, puesto que tal motivación le guía por igual al escoger episodios incluidos en el discurso general de *Los naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca,⁶ de la exitosa *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León⁷ y de la *Relación del Descubrimiento del río grande de las Amazonas* de fray Gaspar de Carvajal, el cronista del célebre viaje de Francisco de Orellana, quien comandó al primer grupo de europeos que navegaron el entero curso del río Amazonas, entre diciembre de 1541 y agosto de 1542.⁸

⁴ La obra histórica final de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés se publicó con el título *General historia de las Indias* en 1557, en Valladolid, por Francisco Fernández de Córdoba. Antes, en 1535, había publicado parte de esa obra bajo el título de *La historia general de las Indias*, en Sevilla, por Jácome Cromberger. Y aún antes, en 1526, había dado a las prensas su breve y conocida *De la natural historia de las Indias*, aparecida en Toledo por Remón de Petras. Las informaciones bibliográficas aquí empleadas proceden de *European Americana: a chronological guide to works printed in Europe relating to the Americas, 1493-1776*, volume 1, 1493-1600, editada por John Alden, Nueva York, The John Carter Brown Library-Readex Books, 1980.

⁵ Como se sabe, la obra histórico testimonial de Bernal Díaz del Castillo fue concluida en 1576 en Guatemala, donde residía el anciano soldado cronista, pero no pudo ser editada entonces, hasta que apareció en Madrid en 1632, “Sacada a luz por P. M. fray Alonso Remon, predicador y cronista general del Orden de Nuestra Señora de la Merced Redención de cautivos”, capítulo xviii.

⁶ El célebre libro de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, conocido como *Los naufragios*, se tituló *La relación que dio Alvar Núñez Cabeza de Vaca de lo acaesido en las Indias en la armada donde iba por gobernador Pamphilo de Narbaez*, fue publicado en Zamora en 1542 por Agustín de Paz y Juan Picardo. Después apareció este libro aumentado con el título de *La relación y comentarios del gobernador Alvar Núñez Cabeza de Vaca de lo acaesido en las dos jornadas que hizo a las Indias*, fue publicado en Valladolid, en 1555 por Francisco Fernández de Córdoba.

⁷ La obra de Cieza de León llevó el largo título de *Parte primera de la crónica del Perú que trata de la demarcación de sus provincias, la descripción dellas, las fundaciones de las nuevas ciudades, los ritos y costumbres de los indios, con otras cosas extrañas dignas de ser sabidas*. Fue publicada en Sevilla en 1553 por Martín Montesdoca.

⁸ La notable obra de Gaspar de Carvajal quedó inédita en sus días y fue publicada recién a fines del siglo xix, en 1894, en Sevilla, por el bibliófilo chileno José Toribio Medina.

Viene en la comentada selección un pasaje de Juan Suárez de Peralta, quien “hacia 1598 escribió el *Tratado del descubrimiento de las Indias*, que es uno de los mejores cuadros de la vida criolla en la Nueva España del siglo xvi”.⁹ Para terminar la selección de ese siglo inaugural de la escritura en y sobre el Nuevo Mundo escogió Anderson una notable anécdota del Inca Garcilaso de la Vega, “Don Rodrigo Niño y los galeotes del Perú”, incluida en los *Comentarios reales*,¹⁰ la cual, finalmente, corrobora la presencia de estas sólidas unidades narrativas dentro de la crónica sin poner en duda su carácter histórico, sino que más bien revelan la agudeza y gran maestría narrativa de aquellos primeros cronistas e historiadores de Indias.

No alcanzó a advertir Anderson Imbert que en la obra del franciscano Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, se hallan un par de pasajes que bien hubiesen satisfecho con creces su búsqueda de las raíces de un modo de relatar sobre lo americano que siglos después —y desde mediados del xx— iba a ser aclamado y distinguido mundialmente. A continuación se incluye y luego se comenta un texto de fray Bernardino que él mismo ha titulado “Párrafo segundo, de los animales como zorros, lobos y otros animales semejantes”.¹¹

Ahí, en ese primer capítulo de su libro undécimo, libro dedicado a la historia natural, y en medio del proceso de describir la fauna de la altiplanicie mexicana se cuenta lo siguiente:

⁹ Aunque Anderson Imbert y Florit sostienen que Suárez de Peralta fue el autor de dicha obra, pensamos que el libro debió de quedar inédito hasta el siglo xix, pues García Icazbalceta cita a este autor con la obra *Noticias históricas de la Nueva España*, aparecida en Madrid en 1878 y no lo incluye entre los autores mexicanos del siglo xvi. Tampoco aparece esa obra en el rico y completo registro del siglo xvi, *European Americana: a chronological guide*, donde sí aparece este autor con la obra *Tratado de la cavalleria... compuesto por don Juan Suárez de Peralta, vezino y natural de México, en las Indias*, Sevilla, Fernando Díaz, 1580. El texto empleado por Anderson Imbert y Eugenio Florit, dicen los autores extraerlo de un *Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista... y del suceso del marqués del Valle* impreso en México, Imprenta Universitaria, 1945.

¹⁰ La conocida obra del Inca Garcilaso de la Vega se titula *Primera parte de los comentarios reales, que tratan del origen de los Incas, reyes que fueron del Perú, de su idolatría, leyes y gobierno, en paz y en guerra; de sus vidas y conquistas y de todo lo que fue aquel Imperio y su República, antes que los españoles pasaran a él*. Fue publicada en Lisboa en 1609 por Pedro Crasbeeck.

¹¹ Se cita la obra de fray Bernardino de Sahagún según la siguiente edición, por fin versión íntegra del texto castellano: *Historia general de las cosas de Nueva España*, estudio introductorio, paleografía, glosario y notas por Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, México, CONACULTA / Patria, 2002 (Colección *Cien de México*), 3 tomos.

Hay en esta tierra un animal que se llama *cóyotl*, al cual algunos de los españoles le llaman zorro, y otros le llaman lobo. Y según sus propiedades, a mi ver, ni es lobo ni zorro, sino animal *proprio desta tierra*. Es muy vellosa, de larga lana. Tiene la cola gruesa, muy lanuda. Tiene las orejas pequeñas, agudas: el hocico largo y no muy grueso, y prieto. Tiene las piernas nervosas. Tiene las uñas corvadas y negras. Y siente mucho: es muy recatado. Para cazar agazápase y ponerse en acecho: mira todas partes para tomar su caza. Es muy sagaz en acechar su caza. Cuando quiere arremeter a la caza, primero echa su vaho contra ella para inficionarla y desanimarla con él.

Es diabólico este animal. Si alguno le quita la caza, nótale y aguárdale, y procura de vengarse dél, matándole *sus gallinas* o otros animales de su casa. Y si no tiene cosa de éstas en que se vengue, aguarda al tal cuando va camino, y pone delante, ladrando, como que le quiere comer, por amedrentarle. Y también algunas veces se acompaña con otros tres o cuatro sus compañeros para espantarle. Y esto hacen o de noche o de día.

Este animal tiene condiciones esquisitas: es agradecido. Agora en estos tiempos aconteció una cosa harta de notar con uno de estos animalejos. Un caminante, yendo por su camino, vio uno de estos animales que le hacía señal con la mano que se llegase a él. Espantóse de esto el caminante, y fue hacia adonde estaba. Y como llegó cerca dél, vio una culebra que estaba revuelta al pescuezo de aquel animal, y tenía la cabeza por de bajo del subaco de aquel animalejo. Estaba muy apretada con él. Esta culebra era de las que se llaman *cincóatl*. Y el caminante, como vio este negocio, pensó dentro de sí, diciendo “¿A cual éstos ayudaré?”. Y determinó ayudar aquel animal, y tomó una verdasca y comenzó de herir a la culebra, y luego la culebra se desenroscó y cayó en el suelo, y comenzó de irse y meterse entre la yerba. Y también el animalejo se fue huyendo. Y de ahí a un rato tomóse a encontrar con el caminante, entre unos maizales. Y llevaba *dos gallos* en la boca, por los pescuezos, y púsolos delante el caminante que le había librado de la culebra. Y hizole señal con el hocico que los tomase, y fuese tras el caminante, hasta que llegó a su casa. Y como vio donde entraba, fue a buscar *una gallina*, y llevaba su casa. Y dende a dos días le llevó *un gallo* a su casa. Este animal come carne cruda, y también mazorcas de maíz secas y verdes, y cañas verdes, y *gallinas*, y *pan*, y miel. Este animal tómanle con trampa o con alzapué, o con lazo, o fléchanle. Y también le arman en los magueyes cuando va a beber la miel.¹²

Antes de un breve comentario, aclaramos que las palabras o frases en cursiva se marcan esperando contribuyan a despejar dudas sobre la autoría del pasaje, el cual nos parece obra única de Sahagún y no resultado de noticias recogidas de informantes indios que él se limitara sólo a copiar. Volveremos sobre este asunto medular más adelante.

¹² *Ibid.*, libro III, pp. 991-992.

Por ahora, digamos que, como el pasaje no trata en particular de lo religioso —apenas hay el uso del adjetivo “diabólico”, pero en su sentido negativo corriente y no doctrinal— se lee un texto aliviado del proceso de constante censura contrarreformista que se ejerce por el resto del libro y su carácter anecdótico no carece de un humor liviano, aunque su autor no parece habérselo propuesto.

Por otra parte, no deja de extrañar la inclusión de esta anécdota en el discurso general de un tratado histórico de relativo rigor etnográfico y lingüístico, escrito por un sacerdote empeñado a su manera en la reconstrucción de la antigua cultura azteca; es decir, de un naturalista, como en su tiempo se debía entender este tipo de labor. Por esto acaso es que el narrador se distancia de lo contado y este hecho —dice— le sucede a “un caminante”, cuya identidad no se proporciona, resguardándose así el autor por lo inverosímil de lo narrado.

Volviendo al carácter diabólico que Sahagún atribuye a este animal, además de “sagaz”, lo señala luego como “vengativo” y rencoroso implacable, personificándolo al modo de algunos humanos que saben cultivar su rencor. Sin embargo, de inmediato pasa el texto a presentar sus “condiciones esquisitas”, y en este punto se nota una cierta disposición consciente del narrador para contrastar lo malo introductorio con el tono benigno —y hasta exquisito, cierto— de la anécdota que continúa: el pago que por gratitud hace el coyote al salvador de su vida. La anécdota incluye, desde luego, un inicio sorprendente —el coyote clamando por auxilio al paso de un caminante que se aparece en el momento de su emergencia; el humanizado animal le hace seña “con la mano”, lo cual luego culmina en un desenlace no menos inesperado: el pago que el agradecido coyote hace a su salvador con esos dos gallos que trae por el pescuezo y, otra vez, haciéndole “señal con el hocico que los tomase”. Pero, como si esto fuera poco —en términos de suspenso y sorpresa narrativa—, el coyote sigue sensatamente al caminante para saber dónde vive y, una vez en posesión de ese dato, le reitera las dádivas en gratitud por su ayuda salvadora.

Como si se tratase de una fábula tradicional, el animal piensa y actúa como un ser humano bondadoso e inteligente, pero, ciertamente, nada de eso es aludido por un narrador que se presenta y es, sobre todo, un historiador: cualquier mención al popular género de la fábula hubiese desacreditado el tono que Sahagún impone a toda su relación. Por eso el desenlace de la unidad narrativa tiene un final abrupto luego del cual el autor retoma el proceso enumerativo de otras características del coyote, en general.

En uno de sus notables ensayos titulado “Relatos de la conquista”, donde trata del matiz entre literario e histórico de estos textos, Tzvetan Todorov expresa lo siguiente:

El estatuto de todos esos textos, es decir, el contrato que se establece entre sus productores y sus consumidores, es el de literatura histórica: pretenden ser una representación fiel de los hechos; pero también, a veces sin saberlo, obedecen a las normas del relato y se articulan siguiendo las mismas figuras que se podrían encontrar en un cuento popular o en una novela de caballería. Esta doble pertenencia, “literaria” e “histórica”, evidentemente no tiene nada de nuevo, y sólo en una época muy reciente se volvió paradójica.¹³

En esta imposibilidad de prescindir de la tradición literaria para elaborar una relación de otro tipo es donde encuentra asidero teórico la intuición de Anderson Imbert: no había crisis entonces en el modo de tratar lo acaecido, fuese verdad o sólo verosímil; no había paradoja entre pureza histórica y destreza literaria. Dentro del gran discurso de los historiadores era posible hallar, engarzados, acabados relatos o cuentos breves, como los que han seleccionado Anderson Imbert y Florit para su antología. De aquí también que el episodio del coyote narrado por Sahagún comparta sin crisis su composición entre seria y jocosa, entre verdad y ficción.

II

VOLVAMOS ahora al asunto del relato sobre ese tan agradecido como peculiar coyote. En un artículo titulado “Los animales del Códice Florentino en el espejo de la tradición occidental”, don Pablo Escalante Gonzalbo sostiene, como tesis central, que “el Códice Florentino proporciona información valiosa sobre las antiguas costumbres y creencias indígenas pero, como texto, pertenece a la tradición occidental y sólo en ella se explica plenamente”.¹⁴ Pero luego de esta afirmación que del todo compartimos —porque sitúa la autoría de ese texto en las manos de Sahagún y su cosmovisión occidental—, Escalante Gonzalbo agrega: “Esto puede apreciarse claramente en el libro XI, de historia natural: Esopo, Aristóteles, Plinio y San Isidoro son algunas de las referencias que nutren el trabajo, aunque lo más probable es que los

¹³ Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, Guillemina Cuevas, trad., México, Grijalbo, 1990, p. 455.

¹⁴ El artículo apareció en la revista *Arqueología Mexicana* (INAH / Raíces), vol. VI, núm. 36 (1999), pp. 52-59, dedicado a “Fray Bernardino de Sahagún. Investigador de la cultura prehispánica”, p. 52.

informantes y *tlacuilos* de Sahagún no se valieran directamente de todas aquellas obras sino de compendios enciclopédicos”.¹⁵ Es decir, por un extraño giro, el investigador propone ahora que los informantes de Sahagún tenían ya una tan asumida cultura literaria occidental que este legado impregna y modifica la información que dan al cura copista. No se pregunta el antropólogo si el relato no será más bien obra toda y propia de Sahagún, quien sí pudo valerse de autores tales como Esopo y Plinio a los que conocía desde sus días de seminarista en Salamanca. Y aquí viene a cuento otra vez el episodio del singular coyote agradecido porque Escalante Gonzalbo propone lo siguiente:

Después de describir sucintamente al coyote, los informantes de Sahagún hacen la observación de que se trata de un animal agradecido, y proceden a ejemplificar esta cualidad con la historia de un hombre que se encontró con un coyote en el camino. El coyote hizo al caminante un ademán con la pata [ofrece Escalante Gonzalbo una síntesis del mismo pasaje recién citado y concluye] Al poco rato volvió con un par de guajolotes en el hocico, mismos que obsequió a su salvador, luego le llevó otro guajolote a su casa, y al día siguiente otro más.

Se cita, claro, el libro XI del dicho Códice Florentino y, de seguido, se añade el siguiente comentario relativo a la descripción que del león hace Plinio: “Al finalizar su descripción del león, Cayo Plinio II explica que no son ajenos a esta fiera los sentimientos de misericordia y gratitud, y expone el caso de un Elpis de Samos”, quien también ayuda a un animal en peligro de muerte, y el cual es también recompensado por el animal, en este caso un león. Y concluye el crítico su repaso del incidente contado por Plinio añadiendo una conclusión final:

mientras el barco de Elpis estuvo atracado en aquel puerto africano, el león fue a llevarle a su auxiliador de comer todo lo que cazaba (Plinio, *Historia natural*, libro VIII). Si bien la imagen de una *boa constrictor* no es ajena al repertorio iconográfico de Mesoamérica, la afinidad de ambas anécdotas nos hace pensar que los informantes de Sahagún conocían el relato del naturalista romano y lo asociaron con la descripción del coyote.¹⁶

Poco después, para dar sustento a esta excéntrica tesis que supone a Sahagún sólo como un fiel copista de cuanto le dicen, añade Escalante Gonzalbo:

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ *Ibid.*, p. 53.

Para valorar adecuadamente el contenido de la obra sahaguntina, y en especial el del libro xi, de historia natural, que aquí nos ocupa, es preciso considerar esa tradición de la que forma parte. Esopo y Babrio, Aristóteles, Plinio, el *Fisiólogo*, Isidoro, Avicena y Alberto Magno son algunos de los puntos de referencia más importantes de esa tradición. Los hombres del siglo xvi novohispano, tanto frailes como colegiales y caciques indios, tenían acceso a las obras de esos autores gracias a las ediciones que de ellas se habían hecho desde los inicios de la imprenta. Ejemplares de algunas de estas obras, que pertenecieron a las bibliotecas conventuales, hoy forman parte del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.¹⁷

Así las cosas, además de aceptar sin reservas la presencia física de esos libros en la Nueva España de la primera mitad del xvi, se supone que sus potenciales lectores locales debían de haber dominado ya a tal grado el latín o el griego o el castellano, como para disfrutar sus sutilezas y emplearlas luego como modelos de elaboración literaria; esta aplicación de un modelo nunca ha sido, por cierto, mecánica: debe pasar, desde luego, por la asimilación lingüística y semántica de esos textos tradicionales en la lectura, la comprensión y en los modos narrativos de los aztecas para luego ser recontados en una forma que adecua e inventa una nueva versión distinta pero similar a la tradicional.

Pero volvamos ahora a las frases o palabras puestas en cursivas en el texto antes citado de Sahagún, las que ayudarán a aclarar que es bastante improbable que este relato sea dicho por informantes indígenas conocedores de Esopo, Plinio y su tradición, sino que es en rigor obra del propio Sahagún que sí conoce desde jovencuelo esas historias. En primer término, el relato dice: “Hay *en esta tierra* un animal [...] que se llama *cóyotl*, al cual algunos de los españoles le llaman zorro, y otros le llaman lobo. Y según sus propiedades, *a mi ver*, ni es lobo ni zorro, sino animal *proprio desta tierra*”. Es muy claro que el emisor de ese discurso no es de esa tierra puesto que se distancia naturalmente al decir *esta* en vez de *mi* o *nuestra* tierra o *aquí*. La locución “a mi ver”, sitúa un hablante en primera persona que es el *yo* que escribe y juzga; no dice “a su modo de ver” (de ellos, los informantes) sino que es el emisor individual que se expresa por sí mismo, y lo sabe bien distinguir de los animales parecidos que se hallan en España y los “propios desta tierra”. Creo que ningún informante indio hubiera dicho del coyote “es diabólico este animal”; esta frase es producto casi típico (por la recurrencia con que Sahagún emplea este adjetivo a lo largo de su obra) de la mentalidad contrarreformista e intransigente del

¹⁷ *Ibid.*, p. 55.

devoto sacerdote católico que Sahagún es. Las *gallinas* y los *gallos* que aparecen en este relato ni el mismo Escalante Gonzalbo los acepta como tales, sino que prudentemente en sus comentarios del pasaje los transforma en guajolotes. Pero para Sahagún ésa es la referencia necesaria y apropiada: el ente conocido en España es el único que le puede ayudar a fijar plásticamente ese mundo nuevo, a manera de una concepción para mejor comprensión del tipo de lector que él espera tener en España. De todos modos, es categórica su presencia en el relato antes que la de cualquiera otra fuente de información.¹⁸

III

PARA corroborar otro modo descriptivo de Sahagún, esta vez abundante en repeticiones léxicas propias de la oralidad y reiteraciones sintácticas que sí parecen provenir de fuente oral, se verá como el pasaje antes comentado es elaboración propia, muestra de su eficacia narrativa, más cercana a la fábula de los naturalistas que a la de los literatos. Este otro pasaje relativo a esa fauna novohispana aparece a párrafo seguido del anterior, pero está dicho en el modo típico del descriptor por reiteración, comparación y seriación de lo expuesto —de tono mucho más oral, para actualizar ante el auditor lo dicho— aunque mucho menos eficiente como relato que el anterior; tal era procedimiento usual entre los llamados historiadores naturales de entonces. El trozo en cuestión de Sahagún, con las repeticiones en cursiva, dice así:

Hay otro animal que se llama *ocotochli*, que también habita entre las peñas y montes. Es del tamaño de un podenco, baxo y corpulento. *Tiene el pelo pardo por el lomo, y por la barriga blanquecino, con unas manchas negras, ralas y pequeñas. Tiene el pelo blando. Tiene la cabeza redonda y las orejas pequeñas, como de gato. Tiene la cara redonda; el hucico corto, la lengua áspera o espinosa. Tiene el aullido delgado, como tiple.* Es muy ligero y salta mucho, *como que vuela.*

Este animal tiene una singular propiedad, que *caza* para dar de comer a otras bestias fieras. *Caza* hombres o ciervos o otros animales. *Caza* desta manera, que viendo que viene lo que quiere *cazar*, escóndese tras de un árbol, y en llegando la *caza* cabe él, arremete y pásale la lengua por los ojos. Y es tan ponzoñosa, que luego *mata* en tocando. Como caye el animal o hombre que *mató*, cúbrele con heno y súbese sobre un árbol, y comienza aullar, cuyo aullido se oye muy lexos. *Y luego* las otras bestias fieras, como

¹⁸ Un caso notable del trabajo y los procedimientos del escritor dedicado a mostrar las particularidades de la flora y la fauna americanas se halla en Gonzalo Fernández de Oviedo, en particular en su antes citada *De la natural historia de las Indias*, de 1526.

tigres, leones, etcétera, que oyen aquel aullido, *luego* entienden que son llamados para comer, y *van luego* a donde está el *ocotochtli*, y ven la presa, y *luego* lo primero beben la sangre, y después despedázanle y *cómenle*. Y en todo esto el *ocotochtli* está mirando aparte cómo *comen* los otros. Y después que ellos han comido, él *come* lo que sobre. Y dicen que hace esto porque tiene la lengua tan ponzoñosa que si *comiese* enponzoñaría la carne y morirían las otras bestias *comiendo* della.¹⁹

No sé si tales hechos se corresponden con la verdad de la conducta y hábito alimentarios del animal del que informan a Sahagún (y dicen...), pero el modo descriptivo repetitivo y pormenorizado, tanto del aspecto externo como de esa costumbre del *ocotochtli*, se complementa con ese tipo de ampliación anecdótica sobre las prácticas o particularidades de una fauna que el europeo desconoce completamente, la cual le es presentada aquí por medio de una suerte de cercanía del emisor con sus escuchas, lo que afianza la verdad de lo dicho. Las voces y locuciones subrayadas aclaran la abundante repetición empleada, tan propia del lenguaje oral. Esa sucesión de repeticiones no ocurre en el primer texto del coyote, que creemos propio de Sahagún. En cambio en el segundo, citando a Todorov, diríase que

desde el principio nos sorprende un procedimiento de paralelismo sinonímico dentro de la frase [...] Se tiene la impresión de que las palabras vienen en oleadas sucesivas, recuperando cada vez una faceta ligeramente diferente del acontecimiento, como para presentarlo mejor a nuestra memoria. Es fácil ver la función de estas repeticiones en la transmisión oral, cuyo ambiente recrean inmediatamente.²⁰

En el contraste entre los dos relatos, además, se refleja entera la tensión que recorre la historia toda de Sahagún: la de ser una obra compuesta por informaciones originales del México prehispánico pero vertidas al texto por la pluma de un culto sacerdote católico español, el que también se permite sus propias elaboraciones narrativas. En ambos relatos de animales, se leen las particularidades que emanan de esta suerte de contradicción, y de modo diverso se ofrecen dos anécdotas unitarias y efectivas que enriquecen los textos y las cuales, qué duda cabe, en mucho se aproximan al cuento, al relato ficcional que tan bien ganada fama ha alcanzado en nuestra literatura.

¹⁹ Sahagún, *Historia general* [n. 11], libro III, pp. 992-993.

²⁰ Baudot y Todorov, *Los relatos de la conquista* [n. 13], p. 457.

IV

QUE Sahagún es autor autónomo y personal, no siempre sujeto a la fidelidad de sus informantes, queda muy bien probado en el mismo estudio de Escalante Gonzalbo que, como ha dicho del Códice Florentino, “proporciona información valiosa sobre las antiguas costumbres y creencias indígenas pero, como texto, pertenece a la tradición occidental y sólo en ella se explica plenamente”.²¹ Ahora, en este aparte, comentaremos el acierto de Escalante al mostrar cómo Sahagún es, sin duda, deudor de algunos clásicos en lo que se refiere a la composición de su libro y, en particular, en lo tocante a los asuntos naturales. Todo lo cual confirmará lo evidente, pero apenas dicho: que el Códice Florentino fue escrito por un sacerdote católico, estricto contrarreformista y hombre ya bien formado en las letras y los libros de su tradición europea y grecolatina.

Comienza Escalante Gonzalbo esta parte de su artículo recordando que ya hace unos años el profesor Donald Robertson “se ha referido a la obra de Anglicus y ha demostrado que sirvió como modelo en la concepción de los libros y capítulos de la *Historia general de Sahagún*”.²² En efecto, Robertson estableció claramente la deuda de fray Bernardino con *De proprietatibus rerum*, obra la cual, como Escalante señala, fue “realizada en el siglo XIII e impresa varias veces en los siglos XV y XVI”.²³

Ahora Escalante Gonzalbo aumenta el espacio abierto por Robertson y trae como prueba incontestable de la filiación libresca de Sahagún, “otra obra del Viejo Mundo, un tratado de historia natural que parece haber sido sumamente exitoso en su tiempo, aunque en nuestros días nadie habla de él: el *Hortus sanitatis* del médico alemán Johann von Cube, escrito en el siglo XV e impreso nada menos que tres veces en el propio siglo XV, y por lo menos una vez en el siglo XVI”.²⁴

Comienza Escalante señalando como deuda de Von Cube el orden que Sahagún adopta para la presentación de los animales descritos: “primero animales terrestres, luego aves, luego animales acuáticos”.²⁵

²¹ Escalante Gonzalbo, “Los animales del Códice Florentino en el espejo de la tradición occidental” [n. 14], p. 55.

²² *Ibid*

²³ Una compilación con muchas de las ricas reflexiones de este historiador del arte se hallan en Donald Robertson, *Mexican manuscript painting of the early colonial period the Metropolitan schools*, Norman y Londres, University of Oklahoma Press. 1994.

²⁴ Escalante Gonzalbo, “Los animales del Códice Florentino en el espejo de la tradición occidental” [n. 14], p. 56.

²⁵ *Ibid*.

Pero el punto fuerte de dicha influencia se prueba en la semejanza de las ilustraciones empleadas por Sahagún para ilustrar su libro XI con respecto a “los grabados que acompañan al *Hortus* en su edición de 1536”.²⁶ En efecto, se ofrece como testimonio de lo dicho una docena de reproducciones de grabados del libro de Von Cube junto a ilustraciones del Código Florentino, en todas las cuales se aprecia un sorprendente parecido en la forma general, en el detalle y en la disposición de los dibujos. Y se concluye señalando que de otro modo sutil Sahagún deja evidencia de su clara deuda con el naturalista autor del *Hortus sanitatis*: “Hacia 1575 fray Bernardino de Sahagún puso al libro XI de su obra el título de ‘Libro undécimo que es bosque, jardín, vergel de lengua mexicana’”.²⁷

Bien probado queda que el huerto o vergel del naturalista alemán ha provisto al cura español de un modelo que sigue y adapta para exponer el suyo; aunque esté tratando de lo mexicano, aquella que comienza en Aristóteles y Plinio es su escuela y en ella se ha formado como investigador y como hombre de letras; es necesario aceptar, al menos en este punto, que tanto informantes como ilustradores pasan a un segundo plano y deben adaptarse, cuando menos, al dominio y a la visión del autor central. Así, el de Von Cube será uno más entre los varios textos de autores europeos que participan en la elaboración y sentido de la *Historia general de las cosas de Nueva España*.

²⁶ *Ibid*

²⁷ *Ibid.*, p. 59.